



SE PUBLICA LOS SÁBADOS

DIRECTOR ARTÍSTICO **D. JOSÉ CARRASCO** DIRECTOR LITERARIO **D. JULIO VICTOR TOMEY**

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Ronda San Pablo, 39, 2.º



Halló un hombre y se casó,
 sólo por ver qué era eso;
 y hoy, casada, continúa
 con las ganas de saberlo.

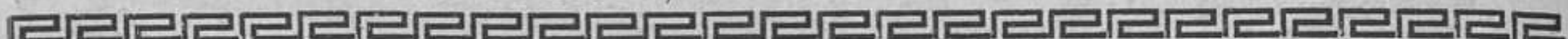


¡SEÑORAS! LOS POLVOS IMPERIALES

preparados por el Dr. Pizá y compuestos de **pasta de almendras** son los preferidos por las señoras elegantes. Son diáfanos, puros y de un agradable perfume, higiénicos en alto grado é indispensables en todo tocador.

Vale la caja TRES pesetas

DE VENTA: En las perfumerías de J. Dachs, Fernando VII, 56.—P. Baltasar, Santa, Ana, 21.—A. Ferrer, Plaza Santa Ana, 5.—S. Vives, Pasaje Bacardi.—Lafont, Fernando VII, 59 y Plaza San Jaime.—En las droguerías de Rus, San Pablo, 68, Plaza Universidad, 6 y *Le Coiffeur parisien*, Paseo de Gracia, 62.



TALLERES DE FOTOGRAFADO, FOTOGRAFÍA, GRABADO DIRECTO AL NATURAL CROMOTIPOGRAFÍA Y ZINCOGRAFÍA

DE

JOSÉ GIL

Universidad, 66, 1.º (chafán á la de Mallorca) BARCELONA

Para la reproducción de planos, cartas geográficas, música, estampas, cuadros, vistas del natural, monumentos, acuarelas, esculturas, tapices, muebles, medallas, catálogos de industria y comercio.

SECCION RAPIDA PARA PERIODICOS SEMANALES

Esta casa se encarga de la ilustración de toda clase de obras, para lo cual cuenta con el concurso de notables dibujantes en todas las especialidades.



8, Pelayo, 8.--LA SUECIA.--Barcelona

(PRÓXIMO Á LA UNIVERSIDAD)

No comprar **muebles** sin visitar antes los que tan resistentes y de última novedad vende esta casa á los más reducidos **precios de fábrica**, ya que su gran taller, montado á la altura de los más importantes del extranjero, permite recomendar sus productos por su **gran baratura, resistencia y esbeltez.**



Mobiliarios completos á precios nunca vistos.—Hay especialidad para **despachos, fondas, casas torres etc., etc.,** incluso **tapizados y cortinales,** y las tan celebradas **Sillas Suecas.**

NADIE SALE SIN COMPRAR

No olvidar el **núm. 8** de la **calle Pelayo,** los que van á casarse.

NO TENER PEREZA EN LLEGARSE Á

Barcelona.—LA SUECIA --8, Pelayo, 8

(Próximo á la Universidad)

Competencia con La Amuebladora (antes El Diablo) de la Plaza Verónica, 2, junto al Casino Mercantil.



EL DÍA DE MODA

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

5 céntimos número en toda España 5

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Los pedidos de ejemplares á la Administración: **Ronda de S. Pablo, 39, 2.º, 1.º.** Corresponsal en Madrid: **D. Antonio Fernández,** calle Mayor, puesto de periódicos, frente al café de Lisboa.

Véndense colecciones al precio corriente en los siguientes kioscos: Paseo de Gracia; *Noticiero* (frente al café Pelayo), y *El Sol* (frente á la calle de San Pablo).

EL ÚLTIMO CARTUCHO



RA grande la alarma en la ciudad. Se acercaba como una amenaza formidable el mes de mayo, que si antes con el florecimiento de las lilas inspiraba tiernas canciones á los poetas pri-

maverales, sensibles á las auras perfumadas de tomillo, hoy inspira á los obreros vehementes deseos de emancipación social.

Habían desaparecido, como por arte mágica, dos cajas de dinamita, peores que la mitológica caja de Pandora, pues á su fuerza impulsiva y destructora no resisten los más fuertes muros detrás de los cuales pueda la prudencia guarecerse.

Al insoluble problema del cuarto estado, que se parece al famoso laberinto de Creta, había que agregar el no menos árduo del destino ó empleo que pensaba darse á tan grande cantidad de materia explosible.

Porque en este país, señores, hasta la dinamita, cuando se pierde, es para que la empleen en alguna cosa. Si no se estaría quieta. No pensarían los anarquistas en los petardos si no fuera para darles algún destino... siniestro.

En aquellos días la desaparición de las cajas constituyó un verdadero rompecabezas, superior por su entretenimiento al de todas las pastoras desaparecidas con intenciones más ó menos honestas.

La policía bebía los vientos, que es lo menos malo que puede beber en el ejercicio de sus funciones, llamadas así yo no sé si porque como en las zarzuelas de guardias walonas llega siempre tarde.

¿Se trataba de un complot terrorífico, ó simplemente de un hurto sin mayores consecuencias?

Los espíritus asustadizos, con menos grados de fortaleza que el espíritu alemán

de patatas, soñaban cosas horribles. A lo mejor la pesadilla les despertaba convulsos, porque los espíritus también duermen, creyendo que después de horrísono trueno se desplomaba la torre de la Catedral, demolida por la dinamita de la impiedad.

Y era que algún ronquido formidable había hecho retemblar las almohadas.

En vano la prensa local procuraba tranquilizar los ánimos, anunciando que los podencos de Corpas seguían la pista. Los más incrédulos burlábanse de que la pista pudiera sacarse, como la de los conejos, por el olor.

Una noche, de esas en que las profecías de Noherlensoon se cumplen y las cataratas se abren, dos individuos, de mala catadura y peor traje, hablaban dentro de un portal donde se habían refugiado, huyendo de la lluvia.

—¡Que tiempo más infernal!—decía uno de ellos. —Creo que acabará por tronar.

—Yo si que estoy para dar un tronido, —contestó su compañero.

Pasaba al mismo tiempo alguien á quien llamó vivamente la atención este lenguaje.

A la escasa luz de mortecino farol, que diría un novelista sencillo, pudo examinar el aspecto de aquellos dos hombres.

Los trajes deteriorados, sin orden ni concierto las prendas, eran anárquicas desde una legua. Las barbas creciendo con la independencia bravía de la miseria, eran anárquicas del mismo modo. Y sobre todo advirtió que pisaban con el contrafuerte, que es la anarquía del calzado más demoledora.

No tuvo la menor duda. Estaba en presencia de dos individuos peligrosos, de esos que González Bravo deportaba preventivamente, dejando que el clima de Fernando Poo encomendase á las calenturas un destierro más largo.

Escuchó con doble interés, á tiempo que el más feroz decía:

—¿Querrás creerlo? Ya no me queda más que el último cartucho.

Estos son,—se dijo el polizante, cuidando no perderlos de vista.

Cuando escampó marchó en su persecución, hasta que los puso á buen recaudo.

—¿Usted ha dicho que le queda el último cartucho?—interrogó á uno de ellos con la severidad de un juez que cree que la justicia es más eficaz poniendo cara de perro.

—Sí, señor.

—¡No lo niega! Vamos, del mal el menos. ¿Y dónde está ese último cartucho?

—Lo dejé en el cajón de mi mesa.

—Vamos por él enseguida.

—Pero, hombre, si yo lo necesito para comer mañana.

—¡Para comer ha dicho usted! ¿Pues qué diablos tiene ese último cartucho?

—Un duro en cuartos, en *perras chicas*.

ANTONIO FERNÁNDEZ Y GARCÍA.

NOCHE DE BODAS

Los padres de los novios decidieron el día que los novios se casaron, dar un regio banquete al que asistieron todos los personajes que invitaron.

Pretendiendo que, loca de alegría, la gente que con nada se extasia, dijese al recordar fiesta tan bella:

—«¡Qué noche aquella la de aquel gran día!

—¡Qué día aquél, el de la noche aquella!»

Y la casa se echó por la ventana, y hubo baile, y festin, y otras mil cosas, luciendo su belleza soberana un grupo de mujeres más hermosas que los rayos de luz de la mañana!

¡Qué cotillón aquel! Aun me parece que se alegran los ojos recordando el cuadro seductor que les ofrece aquel coro de ángeles bailando

Revueltas en confuso torbellino cual si unas á otras fueran persiguiendo, como aves amorosas que el camino cruzan de dos en dos, yendo y viniendo, cien parejas giraban con locura poseídas de un vértigo espantoso, saciándose de amor y de ventura en las notas de un wals voluptuoso.

¡Qué cotillón aquél! Luces radiantes, joyas, sedas, encajes, blondas, tules, senos desnudos, bocas incitantes, ojos negros, ardientes y brillantes y ojos, también, como la mar azules....

II

Mas todo concluyó... Ya va la gente por los amplios salones desfilando; felicita á los novios cordialmente

y, más tarde, se aleja... ¡murmurando!
No hay duda que darán cien dulces nombres
á aquella fiesta seductora y bella,
y que:—«¡Quién fuera él!»-- dirán los hombres,
y las mujeres:—«¡Ay! ¡quién fuera ella!»

III

La casta virgen con placer avanza
hacia el nido de amor que anhela tanto;
tiene en él colocada su esperanza
y cifrado también todo su encanto.
¡Casarse!.. ¿Qué es para ella? Poca cosa...
El matrimonio que forjó en sus sueños
consiste en ser amada, ser dichosa...
¡y encargarse á Paris niños pequeños!...

El ya tuvo otro sueño diferente.
¡Muchas veces penso en aquel instante
y una frase buscó, grandilocuente,
que nunca expresaría lo bastante
aquel ansia de amar eternamente!

Y al pensar que la carne perfumada
gemiría al cruzar entre sus brazos,
palpitando al hallarse aprisionada,
¡subía hasta su frente una oleada
de caricias, de besos y de abrazos!

.

IV

Ya están unidos con eterno nudo...
y arriba, en las esferas celestiales,
Dios le dice á un chiquillo mofletudo
que anda en cueros por falta de pañales:

—Hijo mío, te esperan en la Corte.
Cuando llegues tendrás la puerta abierta;
si la encuentras cerrada, no te importe,
tú llora fuerte... ¡que abrirán la puerta!

JOSÉ JUAN CADENAS



TRABAJAR POR CUENTA AJENA

I



DOÑA Manuela!
— gritaba Rodríguez, presentándose en el comedor en mangas de camisa.—
¡Esto ya no se puede aguantar!
—¿Qué sucede?— contestaba la patrona.

—Que ese condenado de Verdugón entra en

mi cuarto como si fuera suyo, y me fuma los pitillos, y se peina con mis peines, y se me ha comido una caja de pastillas de clorato.

—Usted la ha tomado con el señor de Verdugón, y es una injusticia.

—Tengo motivos para creer que todo cuanto malo ocurre aquí es obra suya. Esta mañana, mientras salí á dejar una carta en casa del ministro, penetró en mi cuarto y se estuvo limpiando las botas con mi gorra.

—¿Quién ha dicho semejante embuste?

—Quien le ha visto. ¡Todo se sabe, doña Manuela! ¡todo! ¡todo!

Rodríguez era un infeliz, que había venido á la corte decidido á que le colocaran en Hacienda, y por mal de sus pecados se instaló como huésped barato en casa de doña Manuela, patrona feroz, que mantenía á sus pupilos con albondiguillas de pan duro y piltrafas sospechosas.

Pero Rodríguez tenía pocos recursos y tragaba los guisotes sin proferir una queja. En cambio, no podía soportar á Verdugón, cesante de Loterías y hombre sin principios, que se había propuesto vivir á costa de los demás huéspedes, y andaba por los pasillos husmeándolo todo.

Más de una vez le había sorprendido

doña Manuela comiéndose el azúcar ó mojando pan en la vasija del aceite.

¡Pobre Verdugón! Llevaba seis años de pretendiente y sólo había logrado que le dijera un día el ministro:

—Si no se quita usted de mi vista, le rompo á V. el sombrero de tres picos en la cabeza. ¡Es usted el pretendiente más chinche que conozco!

Y ¡claro! ante esta manifestación espontánea del personaje, Verdugón había resuelto suspender sus gestiones y seguir chupando cuanto pudiese en casa de doña Manuela.

Rodríguez era para él una verdadera mina; porque, dedicado á sus asuntos, permanecía fuera de casa durante muchas horas, y entretanto, Verdugón usaba sus zapatillas y sus peines y sus cuellos postizos.

Doña Manuela procuraba inútilmente calmar la excitación de Rodríguez.

—¿Pero cree usted—le decía—que el señor Verdugón haya podido comerse las pastillas de clorato?

—Sí, señora; lo creo.

—¿Pero le hace usted tan tonto que no sepa distinguir los alimentos de las medicinas?

—Con tal de comer, es capaz de tragarse un cepillo de los dientes. A mí me ha faltado la caja del betún, y nadie me quita de la cabeza que se la ha comido ese glotón de los infiernos.

Cuando entró Verdugón, procedente de una casa de préstamos á donde había ido á empeñar la dentadura postiza, que era el único equipaje que le quedaba, Rodríguez quiso armar un escándalo, pero doña Manuela le cogió por el rabillo del pantalón y le dijo:

—Tenga usted calma, señor de Rodríguez; hágase usted cargo de que el pobre cillo padece del estómago, y todo cuanto ve se le antoja. ¡Bastante desgracia tiene!

Rodríguez se contuvo en el primer momento, pero ya en la mesa, Verdugón comenzó á mojar pedacitos de bollo en la fuente de las albondiguillas, y Rodríguez

entonces se puso furioso, hasta el extremo de entregar á Verdugón su tarjeta. Este entregó la suya á Rodríguez, y si no intervienen los demás pupilos de doña Manuela, aquello hubiera concluído de un modo trágico.

—¡La crisis ministerial! ¡El nuevo ministerio!— se oyó vocear á un chico en la calle.

—¿Cómo?—preguntó Rodríguez alarmado.—¿Ha caído el ministerio?

Y olvidándose de Verdugón, y del betún y de los peines, cogió el sombrero y salió á la calle corriendo como un loco.

Media hora después, y no sin grandes esfuerzos, conseguía penetrar en el despacho del ministro, que estaba haciendo el baul, como quien dice:

—Señor—exclamó Rodríguez con acento dolorido.—Vuecencia abandona hoy la cartera sin cumplir su palabra.

—¿Cuál?

—Vuecencia ha prometido colocarme. Antes de ahora presenté á vuecencia cartas de recomendación eficacísimas.

—Sí, ya recuerdo—contestó el ministro.

—Pues bien; aun puede vuecencia firmar mi credencial.

El ministro reflexionó durante algunos instantes. Después dijo:

—¿Su nombre de usted?

—Aquí está mi tarjeta—contestó Rodríguez, sacando una del bolsillo.

—Mañana á las diez vaya usted á mi casa y le entregaré la credencial—dijo el burócrata.—Quiero cumplir mi palabra.

Poco faltó para que Rodríguez se arro-

jara al cuello del ministro y le cubriese de ósculos; pero guardador de las buenas formas, se limitó á decir respetuosamente: —Señor, es usted la ninfa bienhecho-

ra; el astro refulgente, el...

II

Rodríguez entraba en la casa de huéspedes al día siguiente, agitando con júbilo un pliego que llevaba en la mano.

—¡Aquí está!—dijo abrazando á doña Manuela.

—¿Qué?—preguntó ésta.

—Mi nombramiento.

—¿Para dónde?

—No lo sé todavía. Aun no he querido romper el pliego bienhechor que devuelve la paz á mi espíritu.

Rodríguez se limpió el sudor que bañaba su frente; después dirigió una mirada de triunfo á Verdugón, que estaba en aquel momento chupando una cáscara de naranja arrimado á la pared, y rompió el sobre que encerraba la preciosa credencial.

Pero pronto su semblante se cubrió de intensa palidez, y lanzando un grito de rabia, dejóse caer pesadamente sobre una silla.

Doña Manuela y los huéspedes acudieron á socorrerle.

—¿Qué pasa?—preguntó uno con curiosidad cariñosa.

Rodríguez abrió los ojos y murmuró melancólicamente:

—Que he entregado al ministro la tarjeta de Verdugón en vez de entregar la mía, y la credencial está extendida á su nombre...

LUIS TABOADA

ASÍ ES TU AMOR

Así es tu amor, como el humo de un encendido cigarro que se eleva en espirales poco á poco en el espacio, que sube al cielo unas veces y que otras baja al contacto de una ráfaga de viento que es bastante á disiparlo. Así es tu amor; unas veces

rebasas el oscuro antro que á tu corazón encierra, y otras basta á desterrarlo el más pequeño disgusto, el testimonio más falso.

Así es tu amor, solo el mío es capaz de soportarlo..... ¡como soportan los mártires los tormentos y el escarnio!

L. DE BONILLA Y OLAZABAL

SILUETAS



1.—La grulla



2.—El papagayo



3.—El león



4.—El elefante

por Gil Baer



5.—La cabra



6.—El cerdo



7.—El conejo



8.—La merluza

HOJAS SUELTAS

I

No llores más niña hermosa,
y no me des más enojos;
ya sabes que el llanto es cosa
que te estropea los ojos.

Inútil es ya tu queja;
si ha muerto, le enterrarán,
que otro te espera en la reja...
y unos vienen... y otros van...

II

Me preguntas lo que es esa mirada
que unifica dos seres,
y yo, que no sé de eso casi nada,
te diré que es la fe glorificada
que tienen en los ojos las mujeres.

III

Cantando mis proezas de guerrero,
he olvidado el amor que te tenía;
pues mil veces prefiero
el odio sanguinario de mi acero
á tu bárbaro amor de idolatría.

JOSÉ BRISSA.

EL SEXO DÉBIL DEL PORVENIR



O constituiremos
indudablemente
nosotros, los hoy
(como entonces)
llamados perte-
necientes al *sexo*
feo.

Que lo diga
si no, la marcha
progresiva de la
mujer.

Esta, que en
remotas edades
era considerada
poco más que
como un simple *objeto*, ha trabajado tan-
to en favor de su independencia, que hoy
tiende á sacudir el yugo masculino y á
ponerse los pantalones, moralmente, se
entiende.

Por supuesto, que ya lo dijo nuestro
preclaro patrón San Vicente Ferrer en
una de sus profecías: «*Llegará día que
las mujeres vestirán de hombre y los
hombres de mujer.*»

Y efectivamente; la profecía lleva ya
algo de cumplido.

Las últimas modas se encargan de con-
vertir (exterior y superficialmente) á la
idea beldad en un verdadero marimacho,
y al hombre más perfecto en la más re-
finada *demoiselle*.

Y unas y otros se lanzan por esas ca-
lles de Dios bien á su satisfacción de que
van á la moda.

Hay señorita que se muere por los
borceguíes de becerro inglés, y desecha
gustosa el polisón y el corsé por darse más
hombruno aspecto. Como igualmente exis-
ten *dandys* que gastan corsé y botas
polonesas, y se pasan la vida en el toca-
dor haciéndose la *toilette*.

Hasta que al fin vistan ellas de hom-
bre y nosotros de mujer.

¡Quién pudiera vivir para comprobarlo!

La mujer también progresa en el sen-
tido moral y camina hacia el completo
dominio del hombre.

Conozco yo á una doña Casta que pasa
todo el día leyendo los periódicos y dis-
cutiendo con las vecinas sobre la nivela-
ción de los presupuestos y la disidencia
de Silvela, mientras su esposo don Homo-
bono va á la compra y se pasa la vida ha-
ciendo flanes y tortillas de hierbas en la
cocina.

Y no es esto lo peor, sino que cuando el
fiel esposo se permite hacer objeciones á
lo dicho por su cara mitad, le suele con-
testar ésta con tono brusco:

—Pero vosotros los hombres, ¿qué en-
tendéis de política?

Horroriza pensar qué clase de pajarra-
co será la *suegra* del porvenir.

Nada, que la política, las ciencias, las
letras y hasta las armas, constituyen el
porvenir de la mujer, mientras que á

nosotros nos están reservadas las labores y quehaceres domésticos.

—Desengáñese usted— me decía el otro día doña Pantaleona— nosotras debíamos reunirnos, como lo hacen los obreros el día 1.º de Mayo, y acordar declararnos en *huelga* hasta tanto no se nos reconociesen por todos los gobiernos del mundo los mismos derechos que á ustedes para desempeñar todos los cargos públicos, desde ministro á *quindilla*.

En efecto, si así fuese, tendría que ver una *Consejera de la Corona*, ó una *Directora general de la Deuda* en plenas funciones de sus cargos.

Cuando tuviéramos necesidad de aprovechar su alta influencia, nos llegaríamos al ministerio y preguntaríamos al portero:

—Diga usted: ¿está visible la señora ministra?

Y aquél nos constestaría con seriedad:

Su excelencia no puede recibir á nadie. Está en *sesión* con su modista y su peinadora.

La mujer, hoy día, invade las universidades y demás centros de enseñanza, en busca de carreras y títulos profesionales, hasta el presente del dominio absoluto del hombre.

Ya las hay médicas, jurisconsultas, doctoras en ciencias, filósofas, literatas, *tenedoras* de libros, telegrafistas, etcétera, etc.

En tanto nosotros deberíamos irnos imponiendo en hacer un cocido, repasar la ropa blanca y hacer crochet.

La mujer, pues, está llamada á desempeñar las misiones más importantes en la sociedad y á llevar las cargas del matrimonio.

Y llegado ese día, habremos cambiado por completo los papeles y nos harán ellas el amor.

¡Lástima no fuese ahora!

Cuando menos lo pensemos, el criado de casa nos entregará un perfumado billete, cuyo contenido será, poco más ó menos, el siguiente:

«Señorito: Desde que tuve la dicha de ver á usted, mi corazón *late* con violencia por esas patillitas que tanto adornan el sonrosado rostro de usted, quedando mi amor prendido en las ensortijadas guías de su flamante bigote. Deseando saber si soy correspondida, queda de usted su adoradora más fiel.—*Ramona*.

P. D. Si me contesta usted que sí, pediré inmediatamente su mano, porque advierto á usted que acabo de ganar por oposición la plaza de *arquitecta* de la provincia.»

Y nosotros, al recibir cartas como ésta, consultaríamos con mamá y contestaríamos:

«Muy señora mía: Si viene usted con buen fin, no tengo inconveniente en acceder á su petición; por más que estos días estoy muy atareado en bordar unos pañuelos que dedico á mí tío Basilio para el día de su cumpleaños. Suyo afectísimo.—*Vicentito*.»

¡Valiente porvenir el nuestro!

ANGEL COELLO DE TORRES.

RETAZO

Vivir es viajar de un modo incómodo en un ferrocarril; van en primera los ricos que disfrutan de esta vida y transcurren alegres su existencia; los que trabajan mucho y gozan poco,

esos van en segunda; y en tercera los pobres que trabajan sólamente, y á los que todo el mundo les molesta.

Hay descarrilamientos para todos, y percances sin fin; pero la empresa nos da al partir un pase de salida, mas no vende billetes de ida y vuelta.

J. RODAO

EL RIGOR DE LAS DESDICHAS

Aquellos que lamentan
su negro sino
deben callar sabiendo
lo que decía
en el café de Fornos
don Secundino
á unos cuantos oyentes
el otro día.

Yo no he visto en el mundo
suerte más negra.
Si riñe una muchacha
con un mancebo,
ó regaña un marido
con una suegra,
el primer salivazo
yo me lo llevo.

Como caigan macetas
de un quinto piso,
ya bajan dedicadas
á mis costilla,
con un cartel que dice:
«Sirva de aviso»
La otra noche en la plaza
de las Vistillas,

Un novillo escapado
del Matadero
me dió unos revolcones
con tal pujanza
que me dejó vestido
de cocinero,
es decir, con un traje
de confianza.

Y por miedo á las iras
de otro cornudo,
no quiero referirles
otra aventura,
de la cual saqué un golpe
morrocotudo
que por poco me deja

sin dentadura.

Cierta noche mirando
con embeleso
la entrada de una tienda
de ultramarinos,
en mitad de las *napias*
me cayó un queso
y me las puso verdes
como pepinos.

Y una tarde de Agosto,
que á Dios le plugo
me bañase en las aguas
del Manzanares,
me pescaron con caña
como á un besugo
y bailaron diez polkas
en mis hijares.

Otra noche en la calle
de la Amnistia
me arrojaron un bulto
con tino exacto,
y ¿qué dirán ustedes
que contenía?...
¡El cadáver de un loro
ya putrefacto!

Me insultan en las calles
y los paseos.
Todos se confabulan
para pegarme,
y si algún *aturcado*
siente mareos,
ya es sabido, me espera
para obsequiarme.
Y aquí da fin mi historia,
porque imagino
que ya saben ustedes
lo que decía
en el café de Fornos
don Secundino
á unos cuantos oyentes
el otro día.

FRANCISCO SERRANO Y RAMOS.

POR EL HILO...

Tiene la niña
que me embelesa
blondo el cabello,
la frente tersa,
largas pestañas,

pobladas cejas,
frescas mejillas,
nariz correcta,
los ojos negros,
la tez morena;
cara redonda,
boca pequeña,

coral los labios,
los dientes perlas,
cuello de nácar,
manos de cera,
seno abultado,
cintura esbelta,
pies diminutos

y anchas caderas.

Cuando va andando
se contonea
con una gracia
tan hechicera,
que quien la mira
bizco se queda.

Cuando sonríe
quita las penas;
y sus miradas

al alma llegan.

Para que luzca
más su belleza,
es tan sencilla
y es tan modesta,
que, ni lo sabe,
ni lo sospecha.

Tengo una duda
que me atormenta;
si en forma humana

caben sus prendas.

Si yo á la gloria
subir pudiera,
conseguiría
que me dijeran
si de algún angel
notan la ausencia.. :

Porque si falta,
de fijo es ella.

FRANCISCO CAPELLA.

ASTRONOMÍA

—¿Qué estás leyendo, Pilar?
—Una carta que me envía
uno que debe de estar
muy fuerte en astronomía.
El sistema es muy bonito
para el género amatorio;
yo supongo que lo ha escrito
en algún observatorio.
Dice que en amor se inflama
por mí, que soy su alegría,
y para empezar me llama
claro *sol* del Mediodía.
A los dos renglones va
y me llama *astro brillante*,
añadiendo que él será

mi *satélite* constante.
Y no queriendo ceder
en su afán monomaniaco,
dice que debo de ser
cierto *signo* del *Zodiaco*.
Que no hay belleza ninguna
que en mí no tenga su asiento;
que soy blanca cual la *luna*
y ligera como el *viento*.
Y tras tanta tontería,
añade para final,
que cada sonrisa mía
es una *aurora boreal*.
—Pues de buenas á primeras
quitando lo innecesario,
¿te pudo decir que eras
un *sistema planetario*!

MIGUEL TOLEDANO

PICADILLO

Un pollo decía en cierta ocasión á una
bella de ingenio agudo y picante:

—Señorita, ¿queréis darme la *limosna*
de un beso?

—No puedo, caballero,—contestó aqué-
lla,—porque tengo ya mis *pobres*.

¡Jesús, qué niño tan mono!
¡Qué rizos, qué ojos, qué tez!
¡Si parece un angelito
de Murillo ó Rafael!

—Es hijo de un escultor.

—¡Pues si que trabaja bien!

MANUEL MILLÁS.

¡Padres que tenéis hijos, leed!

«La clase de párvulos
es cual un jardín
cubierto de flores
que ofrecen al hombre
bellezas sin fin.
Son estas flores
los tiernos niños
que bulliciosos
y encantadores
corren alegres
tras el saber,
tras las virtudes
que hacen al hombre
señor del mundo
cual debe ser.»

Esta canción la entonan todos los días,

(así lo anuncian varios periódicos,) en un colegio montado según el sistema Froebel.

Por la muestra más parece montado conforme al sistema Carulla.

¡Y dicen que la forma poética está llamada á desaparecer!

A lo que tiende, por la muestra, es á entontecer la imaginación de algunos infantes.

¡Así recibimos nosotros tantas composiciones por el estilo de la que hemos transcrito.

—
¿Piensas que ser buen actor cuesta mucho? ¡Craso error! con crítica que se vende serlo ó no serlo depende de una entrada de favor.

Contestó á un ciego Velarde que al darle limosna un día dijo:—«Que santa Lucía su hermosa vista le guarde».

—Sin que su auxilio rehuya creo que poco ha de hacer, cuando no tuvo poder para conservar la suya.

M. T.

—
Dos señoras de la aristocracia madrileña, confundidas entre los garrochistas, y montadas en soberbios caballos, condujeron el lunes al encierro á los toros de Benjumea que han de lidiarse en Sevilla.

¡Ole ya por nuestra aristocracia!

Ahora sí que puede decirse que ya no hay clases.

El mejor día veremos alternar á la Fragosa con duquesas y condesas, y hasta disputar ambas á tres por mor de *cuá-la* de ellas ha de pagar unas copas, y hasta darse de *manguzàs* y llamarse *lipendis*, si llega el caso.

Si no hay cosa como los cuernos para llegar á la unión de todas las clases sociales.

De ahora en adelante las sevillanas todas querrán concurrir á los encierros.

Y habrá maridos que, por darlas gusto,

se encarguen de encerrar á sus esposas. Y viceversa.

Es decir, que dirán ellas á sus caras mitades:

—Mira, Cornelio, ya que no puedo asistir hoy al encierro de los cornúpetos, porque vendrá á verme mi primo, es preciso que te encierre á tí.

—¿Qué dices?

—Que te dejes encerrar. ¡Anda, monín! Permanecerás en el toril poco rato.

Lo cual que el infeliz, convencido, no tendrá otro remedio que dar gusto á su costilla.

Siquiera por evitar disgustos.

—
Hablando el pedante Algara de un duelo que tuvo un día,

—Mi rival sólo, decía, me tiró el guante á la cara.

—Pues yo, con sorna al pedante otro le dijo, he sabido que te tiró por olvido la mano dentro del guante.

A. ALCALDE VALLADARES.

—
Don Manrique Ibón y Rubio, marqués de Puerto Cerrado, según Andrés, ha viajado por las bocas del Danubio.

Y Juana que atenta escucha y ser debe ó tonta ó loca exclama:—¡Por esa boca bien puede entrar una trucha!

Inés que es joven y hermosa, según su amiga Isabel, tiene ganas de que él le aconseje alguna cosa.

Y él dice á Inés; buen consejo que ninguno dar rehusa:

—¡El trasto que no se usa se pone muy pronto viejo!

L. DE B. Y O.

Libros recibidos.

Corte y Cortijo, juguete cómicolórico, letra de D. Eduardo Villegas y música del maestro D. Joaquín Valverde (hijo).

El ser de casa el Sr. Villegas nos impide alabar su obra, como lo ha hecho la prensa de Madrid al estrenarse en el Esiava.

Baste decir que ha sido tan felicitado como cuando dió á conocer su primera producción *Cerrado por nacimiento*.

En fin, pronto se conocerá el juguete en Barcelona y Vdes. verán como es digno de sus aplausos.

El suplicio de una madre, interesante novela escrita por D. J. V. y editada por D. Miguel Seguí. Hemos recibido los cuadernos 6 al 10.

Por falta de tiempo, de espacio y hasta casi de ganas, no nos es posible publicar en este número la sección de *Flores y espinas*.

Otra vez será.

Y dispensen los señores de las cartas.

* * *

Tampoco publicamos la de teatros por haber tenido que salir de Barcelona el encargado de ella, D. Antonio Contreras. Y va de faltas.

Pero en fin, más faltas tiene Cánovas y pasa.

Y eso que es más feo que nosotros.

Imp. DIARIO MERCANTIL. Cortes, 212 bis

FOTOGRAFÍA

RETRATOS DE TODAS CLASES Y TAMAÑOS

por todos los

DE

PROCEDIMIENTOS

L. Marqués

SECCIÓN ESPECIAL

para los señores aficionados
TALLERES ESPECIALES

para las reproducciones y la Platinotipia

Rambla de Cataluña, 5 y 7, Plaza de Cataluña



EMULSIÓN TEIXIDÓ

de Aceite de Hígado de Bacalao con hipofosfito de

cal y sosa

Premiada en las exposiciones de Zaragoza

1885 y Barcelona 1888

6 REALES FRASCO, 6

D epósito: Dr. Guach, San Pablo, 1, y farmacia del autor, Manso,

La Económica
25, SAN RAMÓN, 25

La casa que vende más barato
en Barcelona

SOMBREROS INGLESES
DE 5 A 10 PESETAS

Kiosco, con muestras, en la Rambla,
(frente al Liceo).



LOS CENTAUROS.—Cuadro de Bayard